

MEMORIAS DE GUASUYUCA



MEMORIAS DE GUASUYUCA

A doscientos dieciséis kilómetros hacia el norte de Managua, capital de Nicaragua, se encuentra Guasuyuca, municipio de Pueblo Nuevo en el departamento de Estelí. Vivimos la época de la década comprendida entre mil novecientos cincuenta y mil novecientos sesenta.

Desde Pueblo Nuevo hacia el noroeste se observa con la cima casi siempre nublada, la montaña de Tepesonate llamada comúnmente montaña de Somoto, majestuosa, con coloraciones azules salpicadas de verde oscuro y gris, llena de árboles de diferentes especies que se alzan hacia el cielo queriendo alcanzar con sus brazos las nubes altas grises y blancas como queriendo robar de ellas el agua de la que están formadas; siempre llenos de lianas gigantescas, de musgos y helechos parásitos, con florecillas de colores diversos: verde, azul, amarillo, escarlata, plateado, en fin, un arcoíris de flores que todo el año se presentan para alimentar la gran gama de aves, reptiles y mamíferos que proliferan en la zona. En las noches de tormenta, cuando se escucha el tronar de rayos, en cualquier parte de sus faldas un coloso se precipita hacia el suelo, arrastrando consigo una veintena de los más pequeños que crecen a sus pies, dejando un claro considerable que unos pocos días después es ocupado por el crecer constante de la flora silvestre. Este coloso, con el paso de los meses, sirve de guarida a zahínos, alguno que otro tigrillo, a un ocelote o a una veintena de guatusas, hasta que finalmente los años dan cuenta de él hasta convertirlo en humus que abona la tierra para dar paso a nueva vegetación, que hace casi impenetrables sus dominios.

En cualquier lugar de sus faldas, el bullicio es constante: una sinfonía de silbidos, trinos, gorgoros, rugidos, ladridos, todos provocados por gilgueros, urracas, senzontles, chocoyos, pericos, alzacuanes, zorzales, palomas, codornices, perdices, cerdos de monte o zaínos, ardillas, venados, ocelotes, tigrillos, leones, mapaches, etc.

El tiempo es intemporal, el tiempo no pasa, ocurre hoy lo que ocurrió ayer y lo que ocurrirá mañana: el viento silbando su vieja canción acompañado por

el crujir de las ramas al romperse en mil astillas que se esparcen en todas direcciones o por las copas de los árboles al chocar unos contra otros en ese eterno vaivén de baile al compás del mismo silbido o bien acompañado por los trinos eternos de la gran variedad de aves y el sonido grotesco del correr del zaíno o del venado asustado por la rama que cayó.

El dominio de la montaña es absoluto...nadie circula por sus siempre húmedas tierras...ningún ser humano transita...sólo el salvajismo natural de las especies animales no humanas...los humanos tienen su territorio propio...más hacia abajo, ya al pie de la montaña, están las primeras casas y, caminando hacia el sureste, por la pendiente de cuarenta y cinco grados de inclinación, serpentea un caminito bordeado de florecillas azules, rosadas, violetas, amarillas y de plantíos enormes de culantro, que crece silvestre sólo para dar sabor a las sopas de los lugareños, despreocupados de su compra, así como de los plantíos de mostaza y albahaca que nunca se terminan porque nadie los cosecha con fines de lucro; ni se venden ni se compran y la naturaleza compensa proporcionándolo en cantidades de suficiencia. Bajando por este serpenteante caminito, a unos cinco kilómetros del pie de la montaña, está Guasuyuca.

Este año es igual que el año pasado e igual al año venidero, así como hoy es igual que ayer e igual que mañana, porque aquí el tiempo se detuvo, quizá para descansar de su eterno vagabundeo por este mundo de Dios y darse una tregua en su eterno quehacer...pero...busquemos un mes cualquiera: mayo, ha pasado la época de la quema de los potreros para combatir las garrapatas de las vacas, toros y caballos. Todo mundo se prepara para la siembra de maíz, sorgo y frijol. Amanece, los gallos anuncian el nuevo día. En todas las casas se escucha igual: el prolongado kikirikí que es contestado por el vecino y así se pasan las primeras horas de la madrugada con el concierto que saluda al nuevo día.

Sólo la luz de un candil ilumina la penumbra en cada casa. Los hombres han salido para arrear las vacas y terneros en los potreros cercanos, acompañados por uno o dos y hasta tres perros que ya han digerido su

desayuno: la masa de dos o tres tortillas que será su única ración del día, por esta razón se cuentan sus costillas y el número de vértebras de su columna y por esta misma razón no mueren de hambre, es decir: la masa les permite no morir pero vivir muertos.

Las mujeres se reparten el trabajo, en caso que haya una sola mujer, a ella le tocará todo: lo primero es encender el fuego, varios pedazos de leña son puestos en él, con pedacitos de madera más pequeños y el rasgar de un fósforo se hace la primera llama que alimentará la leña más grande hasta hacer un hogar dentro del fogón de barro y piedras; a continuación se hace el café; una vieja máquina es echada a funcionar para, vuelta tras vuelta provocada por la fuerza femenina, quebrar el maíz previamente nezquizado la tarde anterior; esta masa es pasada luego por la piedra de moler maíz, golpe tras golpe con la mano de piedra, es convertido en una masa mucho más fina, que las hábiles manos recogen para hacer una bolita redonda para luego ser palmeada y puesta sobre una hoja de guineo en la cual será convertida en una tortilla que, puesta sobre el comal caliente espera para que se le dé una vuelta y luego otra más para inflarse por el vapor del agua que llevaba en sí, quedando lista para el desayuno y así otra y otra más hasta llenar el guacal en el que se conservarán por todo el día. La otra constituyente del desayuno, que dicho sea de paso es la misma que el almuerzo y la cena, son los frijoles, los cuales están listos desde el día anterior, sólo resta calentarlos, lo cual se hace en la misma olla de barro en la cual fueron cocinados. En este trajinar transcurre la mañana; todos en la casa están reunidos: hombres y mujeres.

El desayuno es servido: una buena ración de frijoles calientes y humeantes, tres tortillas de un buen tamaño y el café que en muchas ocasiones es servido en una jícara o bien en un pocillo de porcelana adornado con flores de colores vistosos. Nunca falta un buen puño de sal: los hombres sudan en abundancia por el duro trabajo del campo y su naturaleza exige la recuperación del cloruro de sodio. Cuando el desayuno se realiza en casa de alguien a quien se le trabajará el día, los comensales son muchos, seis, siete, a veces hasta quince, entonces, mientras comen, se comentan chistes

picarescos, se dan bromas, se habla de los sucesos de la noche anterior, hay risas, hay regocijo, hay alegría; hay jóvenes y viejos que se miran con igualdad, idem del respeto de los jóvenes por los viejos a quienes saludan con la expresión “buenos días le dé Dios” que por abreviatura lo expresan como “LEEDIOS” mientras juntan sus dos manos y las apuntan hacia su interlocutor como muestra de respeto y obediencia.

Concluido el desayuno, se hacen los preparativos del trabajo del día: uncir los bueyes, que consiste en poner sobre su cuello el yugo atado por cintas de cuero crudo y luego, montar el arado en ellos. Se da filo a los machetes de trabajo, se llenan los calabazos con agua limpia y, finalmente, al grito de ¡Monósoo! (que significa “vámonos”), se encaminan al lugar del trabajo, en fila india, uno detrás del otro, algunos cantando, otros silbando, todos llenos de alegría, todos llenos de esperanza.

Mientras tanto, en la casa, las mujeres se aprestan para que nada falte a los hombres: en fila también van con la tinaja en la cabeza para acarrear el agua, cabeza y tinaja parecen una sola, son la unidad, capaces de agacharse, de correr, reírse cualquier otra acción, sin que se derrame una sola gota del agua de la tinaja. Un viaje tras otro hasta llenar todos los recipientes de la casa, que servirá para hacer el café, cocer los frijoles, nezquizar el maíz, lavar los utensilios de la cocina, lavarse la cara y las manos cuando sea necesario y hasta para afilar el machete o el hacha.

A continuación es su obligación nezquizar el maíz para las tortillas y cocer los frijoles, así como preparar la comida de los cerdos, que abundan en todas las casas. Acerca de éstos (cerdos), cabe mencionar que su abundancia es en esta década algo inusitado, deambulan por todo el valle al extremo de constituir casi una plaga; en las épocas de siembra, penetran en los plantíos provocando pérdidas considerables, por lo que no es raro encontrarse con algunos descolados, sin orejas, macheteados a diestra y siniestra por el dueño del plantío destrozado y eso, en el menor de los castigos, pues con frecuencia se avisa al dueño del cerdo, que el suyo está muerto en X lugar; a veces se pierde su carne, la cual es devorada por los perros o los zopilotes;

por algo se dice que “para el chanco no hay ley”. Su abundancia es tal que en cierta época de invierno, Doña Julia había horneado pan; el horno estaba ubicado en la cocina y las brasas del mismo eran depositadas afuera, en el patio, expulsadas por la puerta trasera del horno; llovía torrencialmente y los cerdos de la casa buscaban afanosos el calorcito de las brasas, poco a poco fueron llegando, uno tras otro y los que venían atrás empujaban a los delanteros obligándoles a acercarse más y más al hogar del brasero, sin permitirles retroceder. Por la mañana había tres o cuatro cerdos asados totalmente, los cuales fueron utilizados para hacer jabón.

Los porcinos provocaban en el lugar donde dormían una especie de hoyo en el suelo, lleno de polvo, pero también lleno de pulgas de nigua, las cuales casi eran invisibles por ser sumamente pequeñitas. Estas anidaban en las patas de los animales las cuales estaban siempre plagadas de niguas, larvas de la misma pulga, que, debajo de la piel, constituían una especie de masa blanquecina, llena de pus y sangre. También anidaban en los pies de Cristino, de Mundo y de Raimundo, que, descalzos, nunca se daban un baño o cuando mucho, se bañaban hasta el domingo (si acaso). Era común ver a la abuela, la mama o la tía sacando niguas de los pies de Julano...También abundaban los piojos.

Dejemos momentáneamente al tiempo en su lugar (hablábamos de mayo), pues sabemos que está dormido, dejémosle descansar un rato y hablemos de la división política, social y económica de Guasuyuca 1950-60: la familia es el vínculo principal de la comunidad y existen varias: Propiamente al pie de la montaña habitan Los Castillo, dueños de propiedades de café y tierras para cultivo de hortalizas, maíz, frijoles y pastos para ganado; hasta tienen una casa en Pueblo Nuevo.

Hacia el oeste está El Jocomico y El Silencio, habitado por Morales y Martínez; un poco al Norte están Las Mesitas donde viven más Martínez.

Ya en la propia comunidad, están los Alfaro Morales, los Lira, los Merlo (o mejor quizá los Merlo Lira). Todos descendientes de una sola rama que según algunas crónicas existentes, pertenecen a Alfaros.

Aquí distinguimos abajo, arriba y El Otro lado. Abajo se refiere a la parte de la comunidad ubicada del local que ocupa la escuela y siguiendo el caminito de tierra bordeado por amarguitos, tihuilotes y madreños, pasando por el viejo árbol de pacón, hasta la casa de los Espinoza; arriba se refiere a la parte de la escuela, hacia la derecha por donde Abraham Martínez, al centro, siguiendo el caminito por donde Pastor Vallecillo hasta Gualí donde vive Roque Merlo con la Andrea y sus hijos, la María Hinginia y Martín. Al Otro Lado es desde la quebrada donde se recoge el agua de los de Arriba, hasta donde Froilán. Más hacia el norte está la montaña.

La escuela está ubicada al finalizar Abajo. Una casita fabricada con talquezal, Cuatro paredes rodeadas por cuatro corredores o terrazas. En la parte interior reciben clases las niñas a quienes enseña una profesora; en la parte exterior, es decir, en las terrazas o corredores, los varones a quienes enseña un maestro, un viejo de origen hondureño que se refugió en la comunidad perseguido por el gobierno de Carías.

La letra con sangre entra: es el lema de la educación; si un alumno no contesta las preguntas de diaria evaluación, recibe como castigo cuatro o cinco latigazos con una de las muchas varas de guásimo que el maestro conserva siempre y que le son suministradas por alguno de los mismos alumnos. He aquí un ejemplo: el día anterior se habló del descubrimiento de América por Cristóbal Colón y ese día el maestro preguntó: A ver Dionisio, ¿quiénes fueron los primeros españoles que llegaron a Nicaragua? – Dionisio, soplado por Julián, contestó: ¡Mi papa Román y mi mama Petronaj- Ya puede usted imaginar la reacción del maestro: Látigos y palos para Dionisio hasta el extremo de ensartarle una astilla de la vara que se rompió en la espalda de nuestro amigo.

Además de las materias básicas (español, matemáticas, c. sociales y c. naturales), en la escuela se enseñan situaciones básicas de la vida: el respeto hacia los mayores, comportamiento en la mesa, uso de los utensilios para comer (cuchara, tenedor, cuchillo), respeto hacia los símbolos patrios, himnos nacionales de Centro América, moral, urbanidad, civismo, valores morales del ser humano, etc.

Hay dos turnos de clases: por la mañana y por la tarde, con un recreo en cada turno. En los recreos se juega “arriba la Pelota”, juego que consiste en

determinar un punto cualquiera llamado el cuartel y que consiste en un poste , un horcón o un árbol, en el cual se queda una persona; el resto de los jugadores corren a esconderse en cualquier lugar y cuando se consideran seguros gritan a voz en cuello ¡Arriba la pelotaaaaa!. El guarda del poste va en su busca para intentar tocar a cualquiera, si lo logra, el tocado pasará a ser guarda....cada quien busca como tocar el cuartel para quedar libre...si todos tocan el cuartel, todos son libres y el guarda deberá repetir su misión.

Las mujeres juegan con muñecas; a hacer tortillas, las cuales se hacen de tierra con agua (lodo) y fogones acondicionados con piedras y tierra. Cuando los varones forman parte de los juegos con mujeres, se juega que los hombres van al trabajo con carretas hechas por ellos mismos, con bueyes consistentes en olotes a los cuales se les acondicionan los cuernos con espinas de cornezuelo, arados labrados con ramas, etc. Los hombres van al trabajo, mientras las mujeres hacen sus labores propias del sexo. El morbo está lejos, a muchos años en el futuro; en esta época no existe; los juegos son realizados con ausencia total de malicia, sin una sola pizca de pensamientos impuros.

Las fiestas, en su mayoría, son de tipo religioso: el día de San Pedro es celebrado por los Pedros, bueno, por algunos Pedros: La Victoria Benavídez lo celebra por su hijo: diez días antes empiezan los preparativos; se pone una arroba de maíz a mojar, luego es esparcida por el molendero y tapada con hojas de guineo, así pasa cinco días, al cabo de los cuales el maíz, que ya tiene raíces de su proceso germinativo, es molido con la piedra de moler; esta masa es licuada y puesta a cocer agregándole tres atados de dulce de panela; cuando hierve bastante, se enfría y es colada en un trapo; una vez fría es depositada en un cántaro, una especie de vasija que resulta del fruto de una planta rastrera parecida a las del ayote o calabaza, de un tamaño bastante considerable, caben en ella aproximadamente unos diez galones; en este cántaro permanece los cinco días restantes, pero día a día se le agrega un atado de dulce de panela. A la fiesta concurre todo el que quiere hacerlo; se escuchan los acordes de la guitarra tocada por Santos Morales, la mandolina que hace sonar Benigno Alfaro y el violín que toca Chanito Benavídez. En el patio se hace un hoyo en el cual se entierra un gallo al que solo se le deja la cabeza de fuera, un bailarín con los ojos vendados esgrime un filoso machete y bailando alrededor del gallo, intenta decapitarlo; después de trece machetazos queda fuera y, si no logra la decapitación, otro

de los concurrentes ocupa su lugar, hasta que alguien logra el objetivo: cortar de un tajo la cabeza al gallo. Mientras tanto, se reparten nacatamales y, en guacales, la chicha ya preparada, la cual, después de tres o cuatro guacales hace sus efectos embriagantes en los consumidores, que, eufóricos gritan, cantan, bailan, etc. Casi siempre la fiesta termina cuando, por el efecto de la chicha, hay algún percance bélico.

En la navidad no hay regalos; Santa no llegó a tiempo o los renos de su trineo desconocían el lugar y no le llevaron a él, pero de todas maneras se celebra en algunas casas; se prepara chicha y nacatamales, se arregla el altar del nacimiento y la gente concurre a los lugares de celebración: unas tres o cuatro casas, ahí esperan pacientes mientras cantan, rezan y platican, hasta que canta el gallo, anunciando la llegada del Mesías; entonces todos gritan: YA NACIO...y empiezan con fervor los canticos propios de la fecha.

La mayoría de los hombres visten pantalón de dril, camisa manga larga, muchas veces de manta blanca; el calzado consiste en caites de hule atados al pie con correas de cuero crudo; al cinto siempre va un machete bien afilado, metido en una funda llamada vaina, el cual se fija a la cintura por medio de un fajón de cuero o bien con una cuerda de mecate. Es común escuchar a cualquiera, cuando un recipiente está bien lleno o cuando alguien está muy borracho, decir: “Está hasta donde se amarra el machete Moisés”. En la bolsa del pantalón o bien entre la faja y el abdomen, siempre está un afilado cuchillo. Los hombres con alguna facilidad económica, llevan al cinto un revólver en su taliz, el cual está bien apertrechado de balas. Los domingos se pasean cada quien en su caballo, haciendo cabriolas y disparando al aire sus pistolas, después de haber ingerido una buena dosis de aguardiente o bien de chicha de maíz.

Mayo es la época de siembras de maíz, frijoles, sorgo o millón (maicillo); la siembra de primera se cosecha en agosto, cuando se siembra la postrera. Diciembre es el mes de las cosechas de café, caña de dulce o panela y hortalizas.

Para realizar el beneficio de la caña, primero se cortan las cañas, éstas se acarrean en carretas jaladas por bueyes hasta el trapiche, una estructura de madera formada por tres piezas llamadas el varón en el centro y las hijuelas, una a cada lado del varón; el varón está fijado a la voladora en el centro y en

uno de los extremos de ésta, está el telerón al cual van atados los bueyes previamente uncidos al yugo, los cuales tiran del telerón dando vueltas y vueltas arreados por una persona, el arreador.



Dos hombres, los moledores, uno a cada lado de las hijuelas, introducen las cañas entre estas que, al girar presionan las cañas extrayendo el jugo el cual cae en el banco, un recipiente hecho de madera, el cual una vez lleno del jugo de la caña (caldo de la caña), se vacía en el “fondo”, otro recipiente mucho más grande fabricado con madera y una lámina muy gruesa de zinc. Dos bancos hacen una horneada. Cuando los dos bancos de caldo están en el fondo, se enciende la caldera sobre la cual está colocado el fondo, Más o menos unos cuarenta y cinco minutos después, con el fuego al máximo, el caldo empieza a hervir formando por encima una nata un poco gris, la cual se le retira con “la pascona”, una vara de unos dos metros de largo que lleva atado a uno de sus extremos un guacal con hoyitos en toda su superficie. Esta nata gris es la “cachaza”, la cual es depositada en un fondito pequeño ubicado cerca de la caldera y que después de procesada resulta una panela completamente negra. El caldo hierve durante diez horas hasta convertirse

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

